

## LOOR Á ESPAÑA POR EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

I



E algunos meses á esta parte no se oye otra cosa, que el nombre para siempre glorioso é inolvidable de Cristóbal Colón; el sonido de estas palabras mágicas arranca del centro de España, que es Madrid, hiende los aires y llevado por todos los vientos, resuena en los campos y en las ciudades, en los cerros y en las costas de toda la Península; traspone los Pirineos, atrae la atención de los Estados europeos, que vuelven la vista hacia este lado del continente, se repiten sus ecos en las dos Américas, que acogen con avidez el recuerdo de su Creador, y todas las naciones civilizadas acuden y nos acompañan á tributar este grande y justo homenaje á la memoria del insigne navegante, el descubridor del Nuevo Mundo.

A impulso de este alegre vocerío y en presencia de tan avasallador movimiento, el ánimo se eleva á grandes alturas, el entusiasmo crece y cunde por todos los ámbitos de la Península, la lectura de tantos documentos históricos y el recuerdo del gran poema y de las epopeyas que le siguieron y completaron, realizados por aquella generación de gigantes que son nuestros padres, ensancha el corazón de todo buen español, el entendimiento se ilumina con nueva luz, como la electricidad se ha sobrepuesto al gas, después de haber anulado las substancias oleaginosas la imaginación potente vuela como



ese fluido eléctrico sin respetar horizontes, el alma quiere desprenderse de las cadenas de la materia que le aprisionan, y el mismo individuo se crece y se considera capaz de todo, pensando en aquellos tiempos felices de tanta grandeza y deduciendo de lo que han sido tan ilustres progenitores lo que pueden ser los descendientes en este momento histórico y en época no lejana.

Y es que el hecho que hoy se conmemora sin igual en la historia, es grandioso, trascendente y universal: él nos ha dado mayor amplitud en la posesión de este globo terráqueo, ha ensanchado el dominio de todas las ciencias, la astronomía, la náutica, la cosmografía, la botánica y la historia, todos los ramos del saber humano; nos ha dado un conocimiento más perfecto de toda la creación, y con el cambio de ideas y de producciones ha contribuido no poco á la cultura del presente siglo: no es sólo que se ha descubierto un Nuevo Mundo, sino que con éste y el antiguo se ha formado otro mundo mejor, iniciándose una nueva y más grande civilización, que no es la fluvial ni la mediterránea, sino otra más amplia y portentosa, que es la interoceánica, como dice el Demóstenes de nuestros tiempos D. Emilio Castelar.

Es que el suceso que hoy celebramos no está limitado al hallazgo de la isla de Guanahay, ni de la Española, ni al descubrimiento del nuevo Continente, que bien pudo llamarse Colombia en vez de América; el hecho, tan grandioso como es, sirve sólo de primera etapa á una campaña gloriosa, en que aparecen empresas casi legendarias, como la conquista del imperio de los Moctezuma y el de los Incas y otros países como el dorado Perú y el Brasil y Chile con sus araucanos y el río de la Plata; empresas que no paran ahí con la posesión de tantas riquezas, sino que continúan surcando un nuevo mar pacífico como su nombre y que libre de las tormentas de otros mares, parece como una recompensa á tantos trabajos y facilita el descubrimiento de otra parte del mundo, la quinta, la que llamamos Oceanía, y en ella la posesión de las islas Filipinas, emporio de riqueza y de poder para nuestra España, enclavadas en regiones en que se van formando centros de grandes especulaciones mercantiles y nuevos focos de civilización que han de rivalizar con otros hoy muy poderosos. Todo esto significa la empresa de Colón, y con sus resultados á la vista bien puede disculparse la arrogancia de decir que el sol no se ponía nunca en los Estados del Rey de España.

Cuando vemos reproducida la nao *Santa María* y nos pintamos las dos carabelas, menores aún que aquélla, y hacemos comparaciones con esas ciudades flotantes que son los vehículos marítimos de nuestros días, nos parece aún más heroica y temeraria la empresa de Colón y sus compañeros. ¿Cómo se atrevieron aquellos hombres inimitables á lanzarse en tan frágiles barquillas por mares desconocidos? ¿No pensaron un momento que podía descargar sobre ellos algún furioso huracán, como el que deshizo la armada de Eneas ó como los que ya conocían en los mares por ellos frecuentados? ¿No pensaron que en medio de una deshecha borrasca no tenían un punto de refugio á donde volver la vista, no podían recalar á un puerto de arribada, puesto que se hallaban en mares completamente desconocidos? Y sobre todo, ¿qué plan tenían acordado sobre la duración de su viaje, á qué altura ó en qué paralelo se proponían dar



punto á la excursión si no encontraban la tierra prometida y regresar á los patrios lares? Hubo un momento en que comenzó á decaer el ánimo de aquellos heroicos aventureros y se hizo manifiesto el descontento de los tripulantes por tan larga ausencia de sus hogares y tanto tiempo de incertidumbre en las aguas: pero el genio de Colón no desmayó por eso, y con gran prudencia y singular habilidad supo disimular lo que oía y veía y aun lo que le aconsejaban caracteres más impacientes ó de mayor vehemencia, y ni una gota de sangre vino á manchar la pureza de aquella célebre expedición.

Todos estos pensamientos, estas observaciones y estas preguntas no pueden menos de ocurrir, cuando se aquilata un hecho tan grandioso como el que hoy festejamos y se analizan los escasos y deficientes medios con que se llevó á término feliz. Posible es que de haber tenido lugar el viaje de Colón algunos siglos antes, ó mejor dicho en épocas en que las artes no habían descubierto la manera de transmitir las noticias con alguna seguridad á las generaciones posteriores, este arranque, decimos, hubiera corrido en la historia la misma suerte que aquella famosa expedición de los argonautas al mando de Jason, que por cierto iban también en busca del vellocino de oro por orden del rey Pelias á tierras de grandes prodigios y teniendo que surcar mares desconocidos y que ya reputaban temibles é inhospitalarios.

Afortunadamente el descubrimiento del Nuevo Mundo está á la vista, el procedimiento comprobado en documentos auténticos que la Academia de la Historia lleva al conocimiento vulgar y sus consecuencias las atestiguan dos emporios de riqueza en las Antillas y diecisiete Repúblicas prósperas en el continente, que con excepción de una, todas nos demuestran, como hemos dicho en otra ocasión, la prodigiosa actividad, los inagotables recursos y la generosa grandeza de los pueblos de la Península ibérica.

Así dice con sobrado fundamento, el erudito escritor D. Juan Valera, que el acontecimiento que celebramos es de tal magnitud que no hay otro mayor en la historia del linaje humano, y nosotros nos permitimos agregar que no parece posible que en lo futuro pueda ser igualado ni menos aventajado por otro suceso de su especie y trascendencia; porque comprobada la redondez de la tierra por la expedición de Magallanes y Elcano, de Drake y otros navegantes, que poniendo siempre la proa al Occidente vuelven al fin de su viaje al mismo punto de donde partieron, y confirmado que esta redondez sigue hasta uno y otro polo por los viajes de Heems-Kerk á Nueva-Zembla y la expedición de Cook al círculo polar antártico, ¿qué otra cosa queda que descubrir? no queda más sino llegar á esos polos, cerciorarse de que son achatadas y ver lo que hay en esas planicies; se hacen y repiten exploraciones encaminadas á ese fin, se conocen y se han tocado los obstáculos de los grandes bancos de hielo que á ello se oponen, la ruta reconocida por unos sirve de derrotero á otros, y al fin se marcha á puntos que se sabe que existen, lo cual no sucedía á los que salieron en busca del Nuevo Mundo.

Después de reconocido el globo en toda su extensión, sólo resta que los genios descubridores, que se alimentan de lo infinito, se lancen por los aires imitando á las



aves, después de haber emulado á los peces y busquen campo á sus conquistas en el mundo sideral, y salvando los inconvenientes de la falta de atmósfera, vayan á parar á la luna y nos den noticia luego de lo que son los habitantes de ese planeta sobre el cual tanto han fantaseado algunos astrónomos humorísticos, ó tal vez visiten antes á Marte, para averiguar lo que son esos signos luminosos que hace algún tiempo se observan en su superficie, que no falta quien cree, que son carteles con que nos llaman á los habitantes de este mundo sublunar; porque á pesar de la intuición de toda la grandeza de Dios, tenemos la manía de creer que esta pobre tierra es lo más interesante, lo más sublime y acabado de toda la creación. *Mundus perfectus est ut cui nihil desit, ut sit omnibus numeris absolutus*, esto decía la escuela aristotélica, cuando apenas conocía la mitad del mundo.

De todas maneras buena suerte han tenido Huelva y el Puerto de Palos, con ser el teatro del acto preliminar del gran poema ó la cuna de la famosa expedición, á pesar de su insignificancia entonces y por el solo hecho, según parece, de haber sido el primer puerto que visitó Colón al venir á España, en el cual tal vez contrajo amistades útiles; pero no es poca fortuna la que tuvo su pensamiento con encontrarse allí marinos tan esforzados como los Pinzones y genio tan singular como el dueño y maestro de la nao *Santa María*, Juan de la Cosa, sin cuyo concurso tal vez pudiera haber fracasado la expedición.

Y es que en estos hechos providenciales que marcan un progreso y una gran transformación, ocurren siempre, según nos enseña la historia, ciertas coincidencias que facilitan su realización, y que, aunque por el momento puedan pasar inadvertidos, aparecen luego á los ojos del inteligente observador, como elementos preparados, para que la humanidad vaya cumpliendo sus fines; así como fué también circunstancia favorable á las glorias de nuestra España la de que cuando el ilustre genovés propuso sus proyectos al rey de Portugal, en otras ocasiones tan decidido protector de las grandes empresas, le encontrara tan preocupado con su conquista de África y de las Indias Orientales, y tan embebido en sus triunfos, que desconociera la importancia del pensamiento de Colón y desdeñara el espléndido regalo que se le ofrecía, para que el insigne navegante volviera la vista á otra Corte y viniera á poner á los pies de la Reina de Castilla una corona de tantos imperios.

No hay por esto que atribuirlo todo á la fortuna y fiar demasiado en ella; porque la Providencia en sus altos designios ha de valerse para llevarlos á cabo de instrumentos humanos y ha de elegirlos entre los idóneos y apropiados para el feliz éxito de la empresa y hay que aspirar ante todo á hacerse merecedores de tan honrosa elección. Los Reyes Católicos eran á nuestro juicio en aquella época los monarcas más dignos de recibir el encargo de ensanchar el mundo é iniciar una nueva civilización, al salir de la Edad Media, por su alteza de miras, por los grandes horizontes que abarcaba su política y por el sentido tan adelantado y progresivo que poseían del difícil arte de *regere populos*, y aquí surge otro nuevo aspecto, siempre satisfactorio para nuestra España, de este suceso sin igual del gran descubrimiento de Amé-



rica, si contemplando la magnitud de la empresa, la comparamos con los medios y recursos de la nación en aquellos tiempos, para lo cual daremos una ligera ojeada sobre lo que era la Monarquía española allá por los años de 1482 á 92.

## II

No existía entonces en rigor la Monarquía española; hallábase aún la Península dividida en cuatro reinos: el de Castilla, el de Aragón, Navarra y Portugal, y esto sin contar los Estados de los musulimes; el matrimonio de Don Fernando con Doña Isabel trajo, es verdad, la unión de dos Coronas: la de Castilla y la de Aragón; los dos Estados más importantes, á los cuales se agregó después el reino de Navarra; pero esa misma unión no estaba consolidada, pues, á pesar de tantas glorias que habían adquirido reunidos aquellos Reyes, y á pesar del gran tacto con que cuidaron de no despertar rivalidades ni recelos entre castellanos y aragoneses, todavía vemos que á la muerte de Doña Isabel, aquel Don Fernando que tanto había contribuído á la destrucción del poder sarraceno en España, se vió precisado á abandonar la tierra de Castilla y á volverse á sus Estados de Aragón, aunque justo es decir, en honor del buen sentido y del patriotismo de los castellanos, que para poner paz en sus disturbios tuvieron el acierto de llamar de nuevo á aquel prudente y experimentado Monarca para que tomara las riendas del gobierno de Castilla.

Á más de esto, la situación del reino al empuñar el cetro Doña Isabel no podía ser más desconsoladora; el reinado de su antecesor Enrique IV había sido desastroso, y este débil Monarca había puesto al país al borde del abismo; la nobleza y los Prelados en rebelión abierta contra él, y mirándole con todo el desprecio que demuestra la célebre degradación de Ávila; el orden público en completa y diaria perturbación; la inmoralidad, que bajaba de altas esferas, cundía á todas las clases, hasta el punto que dice un historiador de aquella época que *los más feos casos se veían á todas horas, y la mayor gentileza era la del que por más sutil invención había robado ó hecho traición ó engaño*. Y para pintar la situación económica y financiera, basta recordar que Enrique IV, después de haber dejado vacías las arcas del Tesoro, haber agotado todas las rentas y haber vendido juros, fortalezas y pueblos, apeló al recurso de hacer concesiones para acuñar moneda á todo el que la pedía, llegando al extremo de convertirse en 150 las cinco casas de acuñación que antes existían para el servicio del reino, con lo cual corrió gran suma de moneda falsa, se paralizó el comercio y concluyó todo el mundo por no querer recibir ninguna, prefiriendo volver al sistema primitivo de cambiar unas mercancías por otras; pero no queremos detenernos en escenas de tanta tristeza cuando nos hallamos en momentos de fiestas y de gran satisfacción, y pasemos á recrearnos en otros cuadros más gratos y que compensan tanto desastre.

Muy pronto Doña Isabel I dió muestras que justificaban su elección para el trono, y supo satisfacer con creces las esperanzas de sus partidarios y de la nación toda; su



primer trabajo fué el de restablecer el principio de autoridad y el imperio de la ley, árdua labor en aquel estado de desquiciamiento general, que había de encontrar tantas resistencias en el gran poder de los magnates, en los malos hábitos de los mismos tribunales y en las peores costumbres de todas las clases; pero aquella joven Reina, con gran cordura y energía, supo triunfar de tantos obstáculos, dominando á los grandes señores, estirpando los vicios en las ciudades, limpiando de bandoleros los campos y caminos, y castigando á todos sin distinción de rangos y posiciones; severa en general, algunas veces benigna, pero siempre justiciera; que no es la clemencia la única aureola que ha de brillar en la frente de los Reyes, pues hay otro atributo y virtud suprema que puede divinizarlos, cual es la justicia, objeto y fin de toda sociedad. La creación de las Hermandades de Castilla fué el medio de que se valió Doña Isabel para obtener esos felices resultados, y todo esto, así como el llamar á la clase media á altos cargos de la justicia y de la administración, obedecía á un plan político bien meditado, que por sí solo acreditaba á aquellos Reyes como los Monarcas más ilustrados de su tiempo, y con esto, y con su conducta ejemplar y la de toda la familia real, se fueron modificando las costumbres públicas, y se hizo una verdadera transformación de la sociedad española; pero todo esto no era más que restañar heridas y restablecer la nación en su estado normal, aunque imprimiéndola un movimiento de progreso, y cualquier otro país hubiera necesitado luego algunos años de paz para colocarse en situación de acometer grandes empresas.

Sin embargo, Doña Isabel I, en su gran elevación de miras, y con aquel privilegiado entendimiento de que estaba dotada, y que tantos horizontes abarcaba, comprendía que otra misión más grande la quedaba que emprender y cumplir, cual era la unidad política de la Península, la formación del reino de España reuniendo en uno solo los diferentes Estados en que aún estaba aquélla dividida. Su matrimonio con Don Fernando de Aragón era el primer paso y el más importante dado en ese glorioso camino; bullía siempre en su mente la idea de la anexión de Portugal, ya que el Rey lusitano Don Alfonso había querido unir á su Corona la de Castilla, desposándose con Doña Juana la Beltraneja; como hábil política, fiaba la realización de su pensamiento al resultado de enlaces de sus hijos con los del poseedor de la Corona de aquel reino, entonces tan poderoso, y entretanto que se consolidaba lo uno y llegaba la ocasión de lo otro, su ardiente fe y su acendrado patriotismo la llevaban á continuar la obra por otro lado; tenía la conciencia de que á ella le tocaba poner término á la guerra de siete siglos, comenzada por Don Pelayo en Covadonga, para redimir al país del yugo musulmán, y que el coronamiento de tan nobles esfuerzos tenía que ser la conquista de Granada.

Esta última etapa de su inmortal empresa no había de ser pacífica ni diplomática; exigía poner en movimiento todas las fuerzas del país; surgían, es verdad, de todas partes á su menor palabra valientes caballeros y esforzados capitanes; acudían gustosas las mesnadas de las ciudades, pero todo eso requería grandes recursos de dinero, inmenso sacrificio para un Tesoro exhausto, y es más, á ese coronamiento tenían que



preceder actos preliminares de no menor esfuerzo, pues no era Granada la única ciudad ocupada por los sarracenos; pero todas las dificultades supo allanarlas la gran Reina que ardía en el amor de la gloria y se desvelaba por la felicidad y grandeza de su pueblo, y aprovechando la ocasión de haber roto la tregua pactada Muley Hacem con la sorpresa de Zahara, comienza la guerra, y á esta desgracia contestan los cristianos con el asalto memorable de Alhama, llevado á efecto audaz y heroicamente por el famoso Marqués de Cádiz D. Rodrigo Ponce de León, acompañado del Asistente de Sevilla D. Diego de Merlo, del Adelantado Enríquez, el Conde de Miranda y precedido del capitán de escaladores Juan Ortega del Prado, buen principio y feliz presagio para los combates y conquistas que siguieron desde Marzo de 1482 hasta la rendición de Granada.

Y en efecto, aunque alternando con derrotas, alguna tan sensible como el desastre de la Ajarquia de Málaga, siguieron las armas de Doña Isabel su campaña de triunfos, como el de la batalla de Lucena, en que cayó prisionero Boabdil el Rey chico de Granada, y fué muerto su suegro el padre de la bella sultana Moraima, el famoso Alcaide de Loja, Aliatar, la mejor lanza del ejército granadino, de un tajo del potente brazo de Alonso de Aguilar, la mejor lanza á su vez del ejército cristiano, y tras esta victoria vinieron la toma de Ronda por el rey Don Fernando, la de Loja, en que aparece por primera vez el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, y á cuyo asedio asistieron insignes caudillos extranjeros como el francés Gastón de Lión y lord Scoles, Conde de Rivers, atraídos por el ruido de la fama de los Reyes Católicos y las proezas de sus capitanes y guerreros que sonaban en toda Europa; y luego la de Vélez, la de Moclín, y la más importante que éstas, la de la opulenta Málaga, defendida heroica y hasta ferozmente por el célebre Hamet-el-Zegri, que se imponía con sus africanos y mandaba degollar á los que hablaban de capitulación.

En este famoso sitio, como en el de Moilín, se vió bien á las claras la influencia magnética que ejercía Doña Isabel I sobre sus capitanes y guerreros hasta la clase de soldados y aun en el ánimo del mismo rey Don Fernando, pues su inesperada aparición en el campamento cuando comenzaban á desfallecer los sitiadores y asomaba la idea de una prudente retirada reanimó á todos, capitanes y soldados; todos parecían que recobraban las fuerzas perdidas; se transformó el aspecto de aquel ejército, y apretando el cerco y dando asaltos se obtuvo al fin la victoria.

Quedaba aún otra campaña que recorrer antes de llegar á la capital del imperio de los Alamares, campaña que emprendió el rey Don Fernando por las fronteras orientales del reino de Granada, comenzando por el sitio de la importante ciudad de Baza y sentando sus reales en aquellas fértiles huertas y frondosas alamedas que riegan las aguas del Guadalquivir y del Guadalentín; muchas y grandes dificultades ocurrieron en un principio, tristes augurios se hacían, pero el genio militar de Don Fernando, el ánimo esforzado de tantos capitanes que le acompañaban, como eran el Marqués de Cádiz, que vemos en todas partes, D. Gutierre de Cárdenas, Gonzalo de Córdoba, el Conde de Cabra y Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas y el genio varonil



de la Reina trocaron aquellos combates en un paseo militar de sucesivos triunfos que facilitaron y prepararon la ocupación de Granada.

Situada Baza en unos collados de la sierra de su nombre, y defendida en parte por lo agrio del recuesto llamado de Alboacem y por otra de algunos castillos con robustas torres, tenía una guarnición de 20.000 hombres aguerridos al mando del príncipe Cid-Hiaya, primo del Zagal y emparentado con los Benegas, que habían cuidado de pertrechar la plaza abundantemente y estaban dispuestos á derramar en defensa de la ciudad hasta la última gota de su sangre; nada de esto detuvo á Don Fernando, y pronto comenzaron las embestidas de los sitiadores y pronto también dieron muestras de sus bríos los sitiados, que al fin defendían su religión y la tierra en que habían nacido; acostumbrados á vencer estaban los capitanes y soldados del ejército cristiano y no se desanimaban por lo lento de los trabajos del asedio y los fuertes rebatos y salidas que casi diariamente disponía el príncipe Cid-Hiaya; pero llegada la estación de las lluvias; habiendo sobrevenido éstas acompañadas de fuertes vendavales, los torrentes inundaban el campamento, destruían las tiendas y las casetas improvisadas, y repitiéndose los temporales se obstruyeron los caminos y no se recibían los convoyes de Jaén; con esto cundía el desaliento entre todos, el mismo Rey creyó que era imposible sostener por más tiempo el ejército en aquella situación, y pensó un momento en levantar el sitio; pero aquí aparece de nuevo el genio tutelar de la España de aquellos tiempos, el ángel de las victorias, Doña Isabel I, la que, consultada sobre el asunto, opina por la continuación del asedio, activa la remesa de pertrechos y á seguida se presenta en el campamento acompañada no sólo de numerosa corte de nobles, prelados y caballeros, sino también de damas y dueñas, que ricamente ataviadas van á alojarse en esas tiendas que poco antes se creía que no podían servir de albergue á los guerreros; puede comprenderse el efecto prodigioso de aquel acto de arrojo en el ejército cristiano, y cuando nos pintamos aquel espectáculo singular de la Reina y sus damas en medio de aquellos guerreros fatigados que se entusiasman y vitorean á la primera y galantean á las otras, sentimos no detenernos en la descripción de tantas escenas interesantes de aquella guerra caballerosa y novelesca tan memorable; pero no hemos de dejar de consignar que la influencia mágica de la Reina no se redujo al campamento de los sitiadores, sino que alcanzó á los mismos guerreros sitiados, á juzgar por el hecho singular ocurrido cuando Doña Isabel quiso reconocer por sus propios ojos el exterior de las fortificaciones, de haber mandado Cid-Hiaya formar á su vista á todo el ejército de guarnición, haciendo alarde de sus fuerzas y obsequiando á su vez á la Reina con aquellos torneos y evoluciones tan en boga entonces y en que era tan diestra la caballería mora.

De ahí sin duda comenzaron aquellas aproximaciones y tratos que dieron por resultado de tantos esfuerzos y tan largo asedio, no sólo la entrega de Baza, sino también la de Guadix y de Almería, y por último la sumisión de Cid-Hiaya y del mismo Zagal y sus mayores adictos los Benegas, con lo cual se hacía inevitable la caída de Boabdil y la entrega de las llaves de Granada.



En tamaña empresa se hallaban empeñados los Reyes Católicos cuando se presentó Colón y expuso su proyecto del descubrimiento de un Nuevo Mundo, y en esta situación las cosas no es extraño que su pensamiento no fuera desde luego aceptado y transcurrieran esos siete años de gestiones y de mal llamada peregrinación, que se alega como un cargo contra aquellos ilustres monarcas y contra la España toda; la prudencia aconsejaba que antes de acometer una empresa tan grande se pusiera término á la que se tenía entre manos, é iba ya muy adelantada y aun no sería digno de censura que los Reyes hubieran querido aplazar la realización del proyecto de Colón hasta consolidar las recientes conquistas y reponerse de tantos sacrificios, pues hay que tener en cuenta que la formación y mantenimiento casi continuo de ejércitos de 50, 60 y 80.000 hombres, que tantas glorias habían alcanzado, y aquellas armadas navales que vigilaban las costas y cuidaban de que los moros no recibieran los auxilios que prometieron á Muley-Hacen los berberiscos, habían hecho necesarios muchos subsidios de las ciudades y de las hermandades, algunos empréstitos de particulares que fiaban más que en garantía de banqueros en el concepto de rectitud y justicia de los Reyes y otros muchos donativos de la Iglesia, de la nobleza y de esos mismos Reyes.

Sucedió entonces lo que no podía menos de suceder, y hubiera ocurrido en cualquiera otra nación, y es que las opiniones estaban divididas en las esferas del Gobierno y en los Círculos de la ciencia; había un virtuoso Prelado, Fray Fernando de Talavera, que desdeñaba el pensamiento como insensato, y una junta de sabios, como la de Salamanca, compuesta de teólogos, matemáticos y geógrafos, que calificaban los fundamentos y conclusiones del ilustre náutico de absurdos y heterodoxos; pero había también otros hombres eminentes, como el gran Cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza; Fray Diego de Deza, profesor del Príncipe Don Juan; el Padre Marchena; Fray Juan Pérez, los duques de Medina Sidonia y de Medinaceli y otros personajes, á quienes seducían los discursos de Colón, que entreveían toda la importancia del proyecto, y, con esta lucha de ideas y de influencias, se comprenden perfectamente las vacilaciones de los Reyes, que además habían de tener en cuenta otros factores para la realización de la empresa, que, á la verdad, era magna y superior á todas las que hasta entonces habían resuelto; porque cuando era creencia general que la superficie de la tierra era plana; que estaba asentada majestuosamente sobre la inmensidad de los mares, ó colocada no sé sobre qué pedestal ó basamento, de aquí partían todas las deducciones de la ciencia, decidir en un momento la redondez del globo, explicarlo por la ley de gravedad y el magnetismo, y mandarlo comprobar por una expedición marítima, era problema para bien meditado, que había de detener á los entendimientos más claros y viriles, y más aún á los Reyes, que con su última palabra contraían una muy grande responsabilidad si la expedición fracasaba.

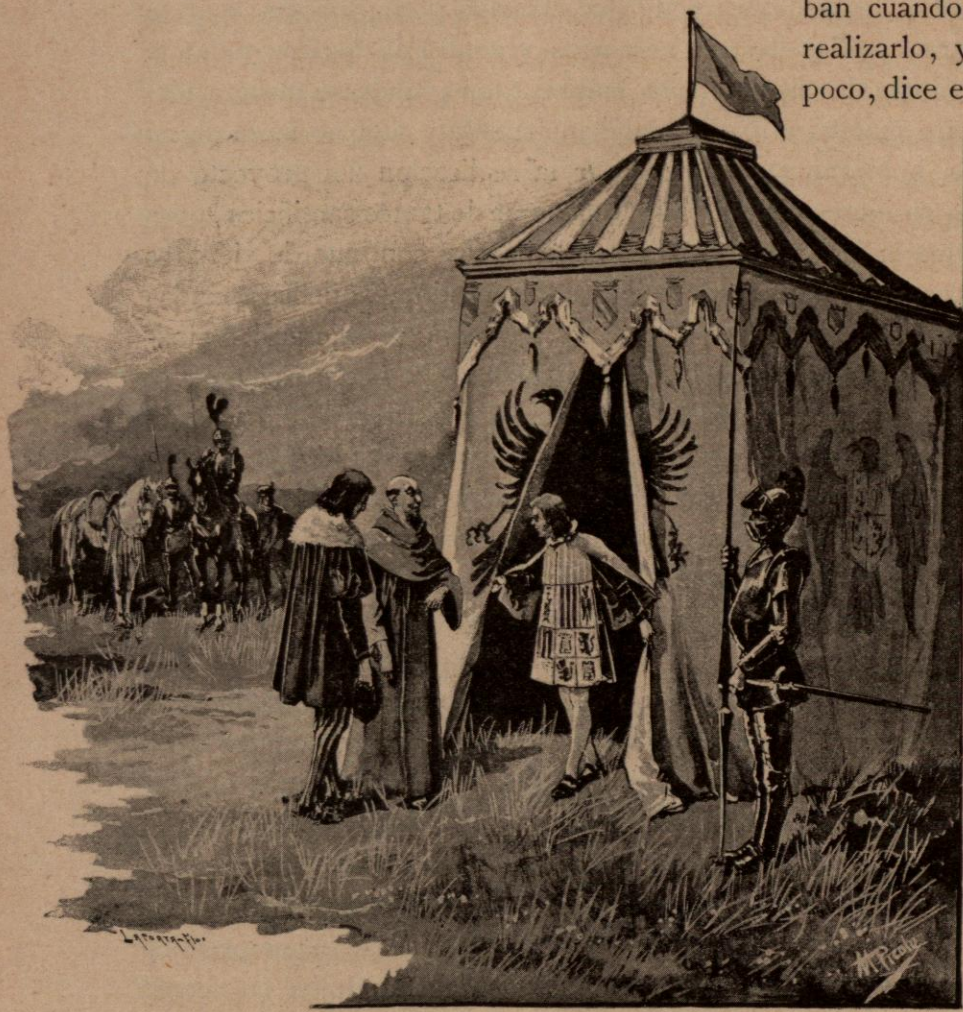
Lo que hay que decir, en honor de España y de sus Reyes, y en prueba de que aquella Corte era la más ilustrada de todas las Cortes de Europa, es que Colón, viajando casi como un mendigo, obtuvo desde luego benévola acogida; el Padre Marchena y Fray Juan Pérez fueron sus primeros protectores, que le dieron hospitalidad



en el convento de la Rábida; ellos le pusieron en relación con algunos personajes que ocupaban elevados puestos; ellos le facilitaron su presentación á los Reyes Católicos; ellos hacían atmósfera, como hoy se dice, en favor de su proyecto; ellos le reanima-

ban cuando perdía la esperanza de realizarlo, y ellos contribuyeron no poco, dice el Padre Coll en su folleto,

á que Colón no se hubiera marchado á ofrecer sus servicios al Rey de Francia; de otros magnates recibió también grandes agasajos; mantenido estuvo durante dos años por el duque de Medinaceli; en palacio era considerado como de la real servidumbre, y allí fué criado y educado su hijo Diego, y, sobre todo, los Reyes nunca rechazaron en absoluto el proyecto de Colón, ni le dieron formal negativa, pues aquella desavenencia que dió lugar á su retirada de Santa Fe, surgió ya en el contrato ó asiento que con él se celebra-



COLÓN EN EL REAL DE SANTA FE

ba, y sobre las ventajas y recompensas que había de disfrutar en las tierras que descubriera, y aun en estos momentos tuvo toda la protección y amparo de la marquesa de Moya, doña Beatriz de Bobadilla, la inseparable compañera de la Reina, que consiguió que se le llamase cuando iba ya por el puente de Pinos.

Para Cristóbal Colón, á quien no preocupaba otro proyecto que el suyo; que tenía tanta fe en el resultado de sus cálculos; que veía tan clara la posesión de países tan ricos como el Cipango y el Cathay, y que recelaría en algunos momentos que otro se le adelantara y se cubriera de la gloria que á él le correspondía, aquellos años parecerían siglos; pero los Reyes tenían otras muchas atenciones que les absorbían y embargaban: veían que toda Europa tenía puestos los ojos en la terminación del dominio de los musulmanes en el Occidente, cuando habían ocurrido la caída del impe-



rio griego y los triunfos de Mahomet por el Oriente; por esto tenían que meditar mucho sus actos, dejar madurar los proyectos, para acometer luego las empresas con energía y perseverancia. Lo que hay que admirar, y nunca serán bastante ensalzadas, son la grandeza de alma y la vasta capacidad de aquellos Reyes inimitables, que, sin descuidar la guerra contra los moriscos, y en los intervalos de las campañas que hemos bosquejado, tenían tiempo, fuerzas físicas é intelectuales para acudir á los negocios de los dos reinos, celebrar Cortes en Segovia, en Zaragoza y en Valencia, ocuparse de las Hermandades de Castilla, corregir los abusos de sus capitanes y cuadrilleros, hacer extensiva aquella institución al reino de Aragón y resolver tantos asuntos áridos de Gobierno, de Hacienda y de Justicia. Aquella pasmosa actividad de Doña Isabel, que tan pronto estaba en Córdoba y Sevilla como en Vitoria y en Zaragoza, para volver luego á los campamentos andaluces, nos hace pensar si eran entonces más lentas las revoluciones del globo y resultaban más largos los días y los años, pues sólo así se comprende cómo se hacía tanto en tan poco tiempo, sobre todo si nos fijamos en los medios de locomoción de aquellos tiempos. Aquel Don Fernando, guerrero por temperamento, que sin abandonar su reino de Aragón, sin renunciar á sus aspiraciones sobre Italia, y sin olvidar tampoco la cuestión de los condados del Rosellón y la Cerdaña, viene á Castilla á concluir con la dominación musulmana, bien nos demuestra que era digno descendiente de Don Jaime el Conquistador.

Lo que hay que admirar es la gran virilidad de esta nación, escasa de población entonces, apenas repuesta de tantos trastornos y vejaciones como había sufrido en reinados anteriores; cómo esas ciudades y villas y aquella nobleza de grandes señores improvisaban tantos recursos de hombres y de dinero para tantas y tan repetidas empresas, como acudían en seguida al llamamiento de sus reyes; todo por la gran confianza que éstos les inspiraban en la buena distribución de los fondos allegados, por su acreditada cordura en el manejo de los asuntos públicos y porque en ellos veían encarnadas las aspiraciones del pueblo español y solo así se comprende que en seguida de la ocupación de Granada y sin tomar descanso se dispusiera la gran empresa de Colón que también exigía recursos de hombres y de dinero y se acometiera ésta á los siete meses en el mismo año 1492.

No es menos digna de admiración la fecundidad de grandes hombres que producía nuestra patria en aquel memorable reinado, pues contrayéndonos sólo al ramo de la guerra, el corazón goza y el genio español se enorgullece, contemplando esa galería de capitanes y guerreros que empieza con el Marqués de Cádiz y acaba con el Conde de Tendilla, primer Gobernador de Granada, y en que se dan á conocer Gonzalo de Córdoba, el Ingeniero Ramírez de Madrid y Pedro Navarro, y no parezca que tan larga y cruenta guerra agotó la serie de esforzados capitanes, pues al ver la nueva tierra descubierta surge de la obscuridad otra pléyade de hombres esforzados como Balboa, Hernán Cortés, Alvarado, Pizarro, Valdivia y otros que dan páginas de oro á nuestra historia, y aun queda para otro reinado otra gloria como la expedición de Hernando de Magallanes, que surcando mares desconocidos da con la quinta parte



del mundo y la que continúa Juan Sebastián Elcano, que enlazando nuestras conquistas con las de los portugueses, termina la comprobación de la redondez del mundo, y todavía quedaba un Miguel López de Legazpi para sentar la base de nuevos dominios, dando á España las Islas Filipinas, de todo lo cual hablaremos en otros artículos.

A un país de estas condiciones correspondían ciertamente unos monarcas como Don Fernando y Doña Isabel, así como éstos eran dignos de aquel pueblo que gobernaban y que por fortuna suya depositó en ellos toda su confianza, y una nación con tal temperamento y con tales Monarcas merecía ser la elegida por la Providencia para el gran paso del descubrimiento del Nuevo Mundo. Por esto hemos dicho que examinando la situación del reino que acometía tamaña empresa, se nos presentaba otro aspecto de esta cuestión muy honroso para el nombre español y por esto decíamos loor á España por el descubrimiento del Nuevo Mundo.

### III

Tres poemas mereció de los vates de la antigüedad la expedición de Jason, que hemos mencionado antes; tal era el entusiasmo que producía en la imaginación novelasca del pueblo griego aquel triunfo de los argonautas que se lanzaron por mares desconocidos, rebasaron las columnas de Hércules y tocaron en la Bella Erin que se presume ser la Irlanda, cuyos habitantes pretenden hoy ser descendientes de los fenicios, cuando los restauradores de esa nacionalidad quieren llamarse Fenians; entusiasmo que alcanzó á los romanos, puesto que el autor del tercero de estos poemas era un latino, Valerio Flaco, aunque esta composición épica no sea, según los peritos, más que glosas y comentarios al de Apolonio de Rodas, y á la verdad que, cuando hoy vemos tan clara y natural la expedición de Colón, y comparamos este juicio con el efecto que produjo en su tiempo la salida de la escuadrilla de Palos y el regreso del gran navegante con tantos trofeos, se nos antoja pensar que los críticos han podido estar demasiado severos al calificar de leyenda la de los argonautas, y aun al poner en duda la existencia de Orfeo; porque si bien lo del vellocino de oro y su hallazgo allá en el fondo del Ponto Euxino puede ser una fábula, así como la persecución de la enamorada Medea al héroe que se ve precisado á embarcarse para regresar á su patria, es lo cierto que el hecho principal, que reconocía unánime la antigüedad, constituía en aquellos tiempos un progreso en la Náutica y en la Geografía.

¿Cómo es, dicen algunos, que un suceso de tal magnitud, cual es el descubrimiento y conquista de América no ha despertado á las musas de nuestra España para producir alguna obra como las antes citadas, cuando hay en él episodios de tanta belleza y tanto heroísmo, y escenas de gran originalidad?; la despedida de Colón con sus compañeros y la bendición del religioso Franciscano, que parece decirles que no lleven más amparo que el de Dios, las tristezas en los mares de Canarias y Cabo Verde, el desfallecimiento de muchos en el trascurso del viaje, que ya tocaba en rebe-



lión, la fortaleza y templanza y la ardiente fe del Almirante en todas esas circunstancias, el pasmo de aquellos sencillos habitantes de la nueva tierra, al encontrarse con la aparición de otros seres distintos y superiores, vestidos y armados de reluciente acero y con aquel género de más terribles centauros que figuraban los guerreros á caballo, todo esto se prestaba ciertamente á esas descripciones que embargan y deleitan al lector; pero hay que tener en cuenta ante todo, que la edad moderna, un tanto positivista, no gusta de las creaciones fantásticas, mientras que los pueblos de la antigüedad, encerrados en estrechos horizontes, tenían que apelar á la invención, á la fantasía, á los conjuros, á lo misterioso para satisfacer los anhelos del corazón y las exigencias del entendimiento; por otra parte, los resultados de la empresa de Colón estaban tan á la vista, eran tan tangibles, se habían ido desarrollando y creciendo tan sucesivamente, que no daban espacio á creaciones de la fantasía, y su solo relato suspende el ánimo y satisface las imaginaciones más vivas; bastan, pues, los escritos del mismo gran geógrafo y los de su hijo Diego, y las historias que sobre estos datos se han publicado, y no ha necesitado aquel gran suceso ser inscrito en piedra como se incrustó en lápidas en un templo de Cartago el Periplo de Hannon, para perpetuar la admiración de los ciudadanos de la célebre y desgraciada República Africana, aunque sea bien de lamentar que no se encuentren ó hayan perecido aquellos comentarios ó relación día por día, de los tres primeros viajes del Almirante, escritos por él mismo.

No es esto decir que nuestros poetas no hayan ocupado su estro en cantar la grandeza del descubrimiento y las proezas de los guerreros que dieron á España tantos nuevos Estados: esto no podía ser; la Bibliografía Colombina que publica la Academia de la Historia tiene una Sección 6.<sup>a</sup> destinada á obras literarias en prosa y verso, entre las cuales se mencionan algunos poemas, como los de Campoamor y Verdaguer, odas de Quintana y de Baralt, romances del Duque de Rivas, y otras composiciones de autores más antiguos, y hoy mismo ocúpanse los críticos del poema de D. José Lamarque de Novoa, y, entre ellos, el laborioso y concienzudo escritor Don Cesáreo Fernández Duro.

En todo caso, si el suceso que celebramos no ha inspirado á la poesía una composición épica al modo de la *Iliada* y de la *Eneida* con el nombre de Colombina, acaba de obtener hoy un triunfo glorioso, con la manifestación unánime de admiración y respeto que le han tributado en las aguas de Huelva las naciones de Europa y América, por medio de sus escuadras. Ese espectáculo imponente, único en su género, de cuarenta barcos de guerra, con distintas banderas, unidos todos en esa expansión de alegría y de gratitud, es recompensa superior á cualquiera otra; ella se dirige á la idea y al gran navegante, y alcanza también á la nación española, que preparó y llevó á cabo tamaña empresa. ¿Qué más poema que ese cuadro sublime de tantos barcos acorazados, algunos de 13 y 15 mil toneladas, que rinden homenaje á la frágil barquilla que descubrió el Nuevo Mundo, el atronador estampido de tantas bocas de fuego, que iluminan el espacio y, cual nuevas trompetas de la fama, llevan á to-



das partes el nombre glorioso de Cristóbal Colón; ese entusiasta victoreo pronunciado en todas las lenguas, y que, después de sonar en nuestros oídos, se eleva, entre las nubes de humo á otras regiones para que lo oiga el espíritu del gran navegante y con él sus memorables compañeros?; sólo faltaba que, con tanto motivo de engrandecimiento, enorgullecida la nao *Santa María*, empinara la proa, y, dirigiéndose á los egregios circunstantes, les dijera: vosotros, titanes de los mares, que ostentáis tamaña corpulencia y encerráis tantos elementos de destrucción, ¿registráis, acaso, en vuestra historia algún hecho como el que hoy representa este pigmeo, que casi se arrastra á vuestros pies? ¿estáis dispuestos á acometer alguna empresa igual ó semejante, cuando hoy mismo se discute si esa magnitud es la que conviene para los triunfos en el mar?

Pero no es la soberbia y la vanidad las que hoy embargan el ánimo de todos los españoles; justo orgullo nos inspira esa manifestación, por lo mismo que reconocemos su importancia y la altura de las potencias que á ella han concurrido; pero al lado de ese sentimiento patrio, otro se sobrepone, que es el del más profundo agradecimiento hacia las naciones que nos han dispensado tan señalada honra, y que haciendo tan principal papel en las fiestas del centenario, reconocen la universalidad del suceso, su trascendencia en la civilización y en el bienestar de los pueblos, y nos dan una prueba de estimación, que agradecemos. Estos son los espectáculos propios de los últimos años del siglo XIX, siglo de los portentosos adelantos, siglo que se llama de las luces; estas grandes fiestas internacionales, estrechan las amistades y alianzas de los Estados y de los pueblos, permiten á unos y otros conocerse y apreciarse, y poniendo tan de relieve las ventajas y los frutos de la paz, hacen más antipáticos cada día los terribles cuadros de la guerra.

En cuanto á las potencias de Europa y por lo que á nosotros toca, creemos que estos actos internacionales han de traer sus precisas consecuencias y que nuestra España ocupará pronto el lugar que le corresponde en el concierto europeo; ya dijimos en nuestros artículos sobre la misión de Europa que los ideales del pueblo español en nada perjudican á las aspiraciones de las demás potencias, y sólo queremos que la voz de España sea oída en sus consejos y en la solución de los grandes problemas que se agitan, en la seguridad de que á ellos iremos siempre con el ramo de oliva en la mano. En cuanto á nuestra hermana la Italia, sólo queremos en este momento dirigirla un fraternal saludo por sus deferencias con nosotros; ella nos ha enviado sus más poderosos acorazados á las aguas de Huelva, y después de festejar la conmemoración de la salida de Colón del puerto de Palos, se ha vuelto á Génova á reproducir el cuadro, á completarle, celebrando el regreso del ilustre genovés y su presentación á los Reyes Católicos por medio de una cabalgata histórica y un carro triunfal, que significa la glorificación de España, y que según dice la prensa ha de ser de un efecto prodigioso; sirvan estos cortos renglones como una muestra de nuestra gratitud, y esté segura la Italia que todos los españoles en el fondo de su corazón celebran y han celebrado siempre el engrandecimiento de la Península hermana.

Y volviendo de nuevo los ojos á Huelva, séanos permitido, para terminar este tra-



bajo, rechazar la opinión de los que indican que aquélla es mal punto elegido para las fiestas del Centenario, porque partidarios como somos de la descentralización, opinamos que no todo ha de ser para las grandes capitales y las ciudades populosas. Huelva ha tenido la suerte de ser el teatro del primer acto del gran poema y de producir marinos como los que tomaron parte en el memorable suceso; justo es que á aquellas playas afortunadas vayan todos á celebrar esta gloria de nuestra patria. Ya dijimos en nuestras cartas abulenses que lo que más principalmente hay que descentralizar es la cultura y la civilización, y gran medio para ello son las visitas y los veraneos de las clases pudientes á las ciudades modestas y á los pueblos rurales, porque á éstos les es más difícil ponerse en contacto con los habitantes de las grandes centros de civilización. Felicitamos, pues, y saludamos cordialmente á los descendientes de los Pinzones, de Juan de la Cosa y de todos aquellos marinos que teniendo fe en Dios y poniendo su confianza en el gran navegante y en los Reyes que dispusieron la expedición, embarcaron en la nao *Santa María* y en las carabelas *Pinta* y *Niña*, y felicitamos también á la Joaquina García Pinzón, que de hoy más figurará por lo menos en la historia del Centenario de Colón.

Por separado hablaremos de Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano en otro trabajo tan modesto y defectuoso como éste, y ambos serán una débil muestra del entusiasmo que nos inspira la España de aquellos tiempos.

Madrid, 10 de Septiembre de 1892.

MANUEL DE AZCÁRRAGA

